

ADMINISTRACION
Y
REDACCION
CALLE DE COLON
NUMERO 83.
Piso 1.º

EL PROGRESO

DIARIO POLITICO INTERNACIONAL DE LA TARDE.

PROPIETARIO Y DIRECTOR: LUIS RICARDO FORS.

ADMINISTRACION
Y
REDACCION
CALLE DE COLON
NUMERO 83.
Piso 1.º

Programa.—Orden y progreso.—Todos para todos ó verdadera democracia cosmopolita.—Alianza republicana del Universo.—Emancipación colonial.—Libertad de cultos, imprenta, enseñanza, industria, asociación y reman pacíficos.—Paz universal perpetua.
Abolición de la esclavitud, ejércitos permanentes, pena de muerte y culto oficial.—Sufragio universal.—Libre cambio.—Fomento comercial, agrícola industrial y artístico.—Descentralización administrativa.

PRECIOS:

SUSCRICION

Montevideo y su departamento:

1 mes.	1 \$ 20 cent.
3 idem.	3 " 50 "
6 idem.	6 " 50 "
1 año.	12 "
1 número.	4 "

CAMPAÑA:

1 mes.	1 \$ 50 cent.
6 idem.	8 " 50 "
1 año.	15 "

ESTRANGERO:

3 meses.	6 \$
6 idem.	11 "
1 año.	20 "

ANUNCIOS.

3 cent. de columna (3 días)	\$ 0.50
3 idem de idem (1 semana)	1.
4 idem de idem (15 días)	2.
4 idem de idem (1 mes)	3.50

ESTABLECIMIENTOS

RECOMENDABLES.

—Tenemos una satisfacción en poder participar al público que la fotografía *Liberal* sita en la calle del 25 de mayo, ejecuta las obras que se le encargan con la puntualidad, baratura y esmero mas recomendables.

—La imprenta de *La Tribuna* está recientemente surtida de una primorosa tipografía, siendo admirables por su limpieza y elegancia los trabajos que en ella se ejecutan.

—El almanaque por mayor de los señores *Posada y Ca.* [calle de 25 de agosto, entre Zabala y Solís] es digno de merecer el favor del público por la baratura y la buena calidad de los artículos que expende.

—En *El Recordador*, cuyo establecimiento anunciamos en el 1.º gar correspondiente, hallanse todos los objetos de utilidad, gusto y fantasía que puedan desear las personas mas elegantes y minuciosas.

HOY Y MAÑANA.

Almanaque.—Hoy se veneran los santos Adriano, Eusebia, Victor, Damián y Nicolás Factor.

FOLLETIN.

LA GUERRA

DE LAS MUJERES.

Novela escrita en francés

por

ALEJANDRO DUMAS

III.

LA ENROSCADA.

—Es forzoso, pues que ya no se os pueda contar nada.

—¡Oh! esclamaré luego de color el duque.

—Si, esperad al señor de Canolles, continuó tranquilamente Nanon.

—¿Vos le esperabais?

—Yo le esperaba.

—¿Y os atravesó a confesarlo?

—En alto vos. Pero ya que llegamos a este extremo, ¿sabéis quién es el señor de Canolles?

—Se que es un fatuo, a quien castigó con rigor por su osadía.

—Es un noble y valiente hidalgo, a quien seguireis dispensando vuestros favores.

—¡Oh! ¡Juro a Dios que serán muchos!

—Hasta de juramentos, señor duque, al menos antes de haberme enroscado, contestó sonriendo Nanon.

Mañana se veneran los siguientes: Coleta, Olegario, Victor, Victoriano, Cirilo y Basilio.

Correos.—Entran hoy en la capital los de Artigas y Cerro Largo.

Mañana saldrán los de Rocha, Maldonado, San Carlos, Florida, Colonia, Santa Lucia y San José.

Remerías.—Las de hoy son:
1811—Derrota de los anglo-españoles en Chiclaña cuya batalla ganaron los franceses al mando del general Victor.

1553—Muerte de San Nicolás Factor natural de Valencia en España.

1802—Batalla de Plaisance ganada a los austríacos por el general francés Desfourneaux.

1827—Muerte del mariscal Viomenil.

Las de mañana son:

1137—Muerte de San Olegario obispo de Tarragona, a la edad de 76 años.

1714—Tratado de paz de Rastadt entre la Francia y el Imperio.

1799—Toma de Jaffa en Egipto por Bonaparte.

1818—Abolición en Francia de las leyes de imprenta llamadas de *estambre*.

Vapores.—Hoy sale el *Provador* para Corrientes y escalas y debe llegar de Buenos Aires el *Rio de la Plata*.

Remates.—Tienen lugar mañana los anunciados por Rafael Ruano y F. F. Nebel.

LITERATURA.

Cuento Polaco.

I.

La noche del 2 de Marzo de 18.... se presentaba en Varsovia fría y medrosa. No había una estrella en el firmamento. Blanca nieve cubría el suelo, y en la oscuridad que reinaba aparecía como un gran sudario envolviendo un cadáver. Y en verdad que Polonia no es sino un cadáver. Las hordas salvajes del norte, esos hijos del frío y de la niebla, han muerto a la virgen inocente que acendia gozosa al festín, y se han repartido sus miembros, palpitante aun. Antes de morir la han hecho sufrir los mil tormentos que los verdugos rusos aplican a sus víctimas.

Las calles de Varsovia estaban desiertas. De cuando en cuando atravesaban por ellas algunas de las patrullas rusas encargadas de hacer el orden; oíanse cortos instantes sus pasos y carcajadas, y después volvía a reinar el mismo silencio, la misma soledad. Aquello parecía una reunión de casas deshabitadas.

II.

Alberto P... jóven de veinte años ó hijo de una de las principales familias de Polonia, no podía permanecer indiferente a la gran lucha que desgarraba el seno de su patria.

La espirante voz de esta le ordenaba el cumplimiento de su deber. La sangre de su padre muerto en un cadáver, pedía venganza.

—¡Hablá, pues, pero sea breve.

—No habéis observado, vos que rondáis hasta los mascarónditos, los rostros del corazón, repuso Nanon, todas mis deferencias al señor de Canolles, mis solicitudes a vos, con respecto a él, ese despacho de capitán que he obtenido por mi mediación, ese honor de fondos para un viaje a la Bretaña con el señor de la Meiderge, esa licencia reciente, y por último, mi constante afán por servirlo.

—¡Señora, señora, dijo el duque, esto es ya traspasar los límites.

—Por Dios, señor duque, dejadme concluir.

—¿Qué mas queréis que oiga? ¿Qué os ree- to que deciré?

—Que largé al señor de Canolles el mas tierno interés.

—¡Pardiez! ¡temerario lo sé!

—Que mi cuerpo y mi alma están a su servicio.

—Señora, esto es abusar...

—Que le servirá fiel hasta la muerte, y esto po que...

—Porque es vuestro amante; eso no es difícil de adivinar.

—¡Porque, continuó, asiendo por un movimiento dramático al brazo trémulo del du- que, porque es mi hermano!

El brazo del duque de Epernon cayó a pla- mo sobre su muslo.

—¡Vuestro hermano!

Nanon hizo una señal afirmativa con la cabeza, acompañada de una sonrisa del triunfo.

Al cabo de algunos momentos exclamó el duque:

—Eso requiere una explicación.

fiere. Su sombra que sentía sin cesar agitarse a su alrededor, parecía decirle: "hijo mío acuérdate que fuiste educado en un país des- graciado, condenado por la fatalidad a de- jar de existir, pero cuyos hijos han hecho el terrible juramento de sacrificarse en aras de la patria. Acuérdate de tu padre, y cum- ple tu misión como él la cumplió la suya." Y al oír esta voz se avergonzaba de vivir en un lujoso palacio, mientras sus hermanos habitaban los bosques y las montañas, de dormir en un mullido lecho, mientras los defensores de la nación no tenían otra cama que el duro supel de asistir a las fiestas y sa- raes, mientras sus compañeros de infancia no oían otra música que la del batallón al tras- mitirles en el campo de batalla las órdenes de sus jefes.

Mil veces hizo Alberto el juramento de abandonar aquellas riquezas que le humilla- ban, para marchar al ejército a compartir con sus hermanos los trabajos y fatigas; pe- ro mil veces cambió su opinión al conside- rar que iba a alejarse, quizá para siempre, de su anciana madre y de su Evelina, su jóven amante. Estos pensamientos encontrados, que bullían incesantemente en su cerebro, envenenaban su existencia.

III.

Al dar la última caminata de las doce de la noche en el reloj de una de las princi- pales iglesias de Varsovia, un ginece entró en la ciudad, y sin detenerse en el cuerpo de guardia mas que el tiempo necesario para darse a conocer, continuó a toda car- rera su camino, dirigiéndose directamente al palacio del gobierno. Importante debía ser la noticia de que era portador, pues in- mediatamente que llegó hizo despertar al gobernador.

Media hora después las cornetas daban su voz al viento en señal de alegría, el pa- lacio y la plaza cercana a él se veían ilu- minados por todas partes prorrumpían los soldados en vivas al Czar. ¡Esa que las au- toridades rusas celebraban el triunfo que su numeroso ejército había obtenido sobre un pelotón de patriotas, de los que nin- guno logró salvar la vida. Las campanas repi- cando, los vivas al Czar todo aquel alarde del triunfo, tenía por objeto humillar aun mas a los desgraciados hijos de Polonia.

El ginece que a toda carrera habia entra- do en la ciudad, fué el portador de aquella nueva.

IV.

Alberto apollado en uno de los balcones de su palacio, sin sombrero, con el rostro azotado por la menuda lluvia de invierno que caía, teniendo a los pies un hermoso abrigo de pieles, contemplaba, preso de abrasadora calentura las luces con que el gobernador ruso celebraba la victoria obte- nida, y oía las maldiciones que los cosacos proferían contra los patriotas.

Mientras que el infeliz Alberto fijaba su mirada en la plaza, acortó a pasar bajo sus balcones un puñado de soldados rusos, a sus oídos llegaron estas palabras pronunciadas

—Y os lo voy a dar, dijo Nanon. ¿Cuánto tiempo hace que murió mi padre?

—¡Habría... contestó el duque calculando, unos ocho meses, lo mas.

—¿Por qué lo firmasteis el despacho de ca- pitán a favor del señor de Canolles?

—¡Habría en esa época, continuó el du- que

Quince días después, dijo Nanon.

—¡E! demasialo triste para mí, contino- Nanon, revelar la deshonra de otra mujer, di- vulgar su secreto, que es el nuestro, enten- deis! Pero vuestros extraños celos me precisan, vuestras crueles mueras me obligan a ello. No hago mas que imitaros, señor duque, si soy poco generoso.

—Seguí, seguí, exclamó el duque, algo preso ya en las reds que la imaginación de la bella Gascon forjaba.

—Pues bien; mi padre era un abogado que no carecía de al- gun celebrada; veinte años hacia era jóven, y siempre habia sido hermo- so. Antes de casarse amó a la madre de Ca- nolles pero habia sido rechazado su amor, porque ella era noble y él plebeyo. Como su- cede con frecuencia, el amor cuido de repa- rar el error de la naturaleza, y durante un viaje del señor de Canolles... ¡lo comprendéis ahora?

—S; pero cómo habéis guardado para tan tarde esta amistad hacia el señor de Ca- nolles?

—Porque hasta la muerte de mi padre no he sabido el lazo que nos unía; porque este secreto estaba consignado en una carta que el boron mismo me ha entregado, llamándome su hermano.

—¿Y dónde está esa carta? preguntó el du- que.

por alguno de ellos: "aquí vive un jóven imbecil y una vieja decrepita, cuyo esposo murió el año pasado por traidor. Aunque polacos de nacimiento, el gobierno no los vigila pues sabe lo incapaces que son de hacer algo."

Al escuchar estas palabras, Alberto sintió la sangre arrojarse a su cabeza. Aquel in- sulto que desde el fondo de una calle oscu- ra le dirigió un ruso, aquel tono desprecia- tivo que empleó al ocuparse de él; aquel *trabir* unido al nombre de su padre, era por sí solo suficiente para que el mejor de los corazones experimentase deseos de venganza, para que el mas cobarde de los hombres se sintiese valiente. Y Alberto no era cobarde.

Desde este momento resolvió por última vez abandonar a su madre y a su amante para ocupar un lugar en las filas del ejército de su patria; la palabra *imbecil* con que habia sido calificado, era para él peor que una bofetada dada por su mas indigno enemigo, porque aquel *imbecil* al insultarlo grosera- mente lo humillaba aun mas.

Abandonó Alberto el balcón, en el que por espacio de una hora habia sufrido crueles tormentos, y se dirigió a la habitación de su madre. La pobre anciana dormía con ese sueño tranquilo con que tan sola duermen los niños y los viejos. Alberto estampó un ardiente beso en aquella venerable frente, muda despedida que daba a su madre el mas tierno de los hijos. Después se alejó de allí; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Bajo a las caballerizas y el mismo ensilló uno de sus caballos, montó en él y huyó para siempre de la casa donde por espacio de veinte años, habia habitado al lado de su amada madre.

Ya no lloraba; su dolor habia llegado al instante supremo en que las lágrimas, en vez de acudir a los ojos, se derraman en el co- razón.

V.

Alberto se dirigió a casa de Evelina. Que- ría contemplar el gigantesco sacrificio que se imponía despidiéndose de su amada.

El que lo hubiera visto a aquella hora montar a caballo tan blanco como la nieve que cubría el suelo, sin sombrero, con el ca- bello ceñido hacia atrás a causa del viento que soplabá fuerte en torno suyo, con la mirada encendida y el rostro descompuesto por los sufrimientos que desgarraban su jó- ven alma, atravesando a toda carrera aque- llas calles tan solitarias y tristes en una no- che oscura y fría, lo hubiera creído un ser sobrenatural, el ángel que preside los últi- mos instantes en los pueblos moribundos.

Cerca de la casa de Evelina, el caballo detuvo por sí mismo el paso; el pobre ani- mal tenía roto los hijares. Alberto bajo de él lo ató a una reja y se dirigió a la puerta de cuyo adalbon tiró repetidas veces. Momen- después la puerta se abrió.

VI.

Evelina estaba en la sala rezando; no ha- bia podido acostarse durante toda la noche;

que.

—¡Habéis olvidado ya el incendio que de- voró en mi casa mis primorosas alhajas y mis papeles mas secretos?

—Es cierto, dijo el duque.

—Veinte veces he querido contaros esta historia, bien segura de que habríais todo lo posible por el hombre a quien yo le llamaba secreto hermano mío, pero mas he contenido siempre, rigiéndome y suplicándome no des- truyese la reputación de su madre, que me vive. Y yo, que he comprendido sus escrú- pulos, los he respetado.

—¡Ah! ¡verdaderamente! dijo el duque en- ternecido. ¡Pobre Canolles!

—Y no os atarte, continuó Nanon, lo que él rehúsaba era su fortuna.

—Eso es propio de una alma delicada, re- puso el duque; y hasta esos escrúpolos le hon- ran.

—Había hecho mas. Habia parado no reve- lar jamás este secreto a nadie en el mundo, pero vuestras sospechas le han hecho desbor- darse al vaso. ¡Desgraciado de mí! ¡Ala oí- dad! mi juramento; la venida del secreto de mi hermano! ¡Desgraciado de mí!

Y Nanon se desahogó en lágrimas.

El duque se arrojó a sus plantas y besó sus lindas manos, que ella le abandonaba con lu- timiento, mientras que sus ojos elevados al cielo, parecían pedir a Dios perdón de su perjurio.

—¿Por qué os llamais desgraciado? exclamó el duque; decid mas bien; ¡felices todos! Yo quiero que esa apreciable Canolles repa- rado todo el tiempo perdido. No le conozco aun, pero lo deseo; me lo presentaréis, y le amaré como a un hijo.

horribles presentimientos la habian desve- lado.

Evelina, como ya hemos dicho, robaba, comprendía que sobre su cabeza estaba sus- pendido un rayo y quería con sus oraciones desviarlo.

¡Pobre Evelina! ¡Cómo si hubiese algo capaz de hacer cambiar la dirección a la rueda del destino! ¡Cómo si el mismo Dios no fuera el encargado de impulsarlo! Alber- to entró en la sala; Evelina corrió a sus bra- zos. ... Ni una palabra pronunciaron sus labios.

Alberto, llevando en sus hermosos ojos azules reflejada la tristeza que le devoraba, pero severo, majestuoso, imponente, parecía la estatua del dolor, que no pide consuelo, porque sabe no le encontrará.

Evelina, jóven bella y triste, recordaba las antiguas vírgenes del cristianismo a quienes los soldados romanos insultaban an- tes de mandarlas a la hoguera.

Alberto rompió el primero aquel silencio.

—Evelina, dijo, he venido para decirte adios.

—¿A dónde vas Alberto? respondió ella.

—A la guerra, Evelina, he sido insultado por un ruso, y ese ruso, al recordarme mi deber, me ha llamado imbecil. La fatalidad me aleja de tu lado; la patria me llama; quiero morir digno de tí y de ella.

La niña, al escuchar estas palabras, rom- pió a llorar; la tormenta que, presagiaba ha- bía estallado al fin.

Evelina, repitió Alberto; cuida a mi ma- dre, dile que... Y no pudo continuar; los sollozos ahogaron su voz.

Evelina, de naturaleza demasiado sensi- ble, no pudo permanecer mas tiempo digna de sí; exhaló uno de esos gritos que proferi- mos cuando una ilusión querida parte de nuestra existencia, nos abandona; y cayó desmayada.

Alberto besó cariñoso la frente de su amada como poco antes habia besado la de su anciana madre. Aquellos dos besos ha- bían sido punales con que habia cortado los lazos que aun la unían a la vida.

VII.

Cuatro meses después un periódico ruso publicaba el siguiente parte: "La rebelion en su último período etc. Entre los rebeldes cuyos cadáveres se han encontrado en el campo de batalla se encuentra el del jóven Alberto P. hijo uno de los principales traido- res."

La pobre madre de Alberto no sufrió este último golpe que seguramente hubiera pue- sto fin a su existencia. Al saber que su hijo la habia abandonado se volvió loca.

El gobernador ruso le confiscó sus bienes y la envió al hospital. Evelina entró en un convento, donde un año después de la muer- te de su amante profesó.

M. F. P. y en F.

BIBLIOGRAFIA.

Matrimonio civil

Con este título por lema, se acaba de ha-

—Decí como a un hermano), repuso Na- non sonriendo. Después, pasando a otra cosa.

—¡Juntos monstruos delatoras! exclamó com- prometiéndolo a carta, que hizo adaman de arro- jar al fuego, pero que ocultó cuidadosamente en su bolsillo, para atapar mas tarde a su autor.

—Pero estoy pensando, dijo el duque; que no viene eso chico, y tengo deseos de verlo. Voy a mandarle llamar ahora mismo al B. de- rro de Oro.

—¡Ah! sí, dijo Nanon, para que sepa que nada puedo ocultaros, y que todo os lo ha di- cho. A pesar de mi juramento.

—¡En mi discreción!

—¡Vaya, vaya! señor duque, tengo que quejarme de vos, dijo Nanon con esa sonrisa que los demonios pueden prestada a los án- gels.

—¿Y por qué, hermosa mía?

—Porque otras veces érais mas aficionado a la soledad que ahora. Cenemos, creedme; y mañana temprano habrá tiempo para enviar a llamar a Canolles. (¡Aquí a mí misma, so- lo a Nanon. ¡Tendré tiempo de avisar!)

—¡Sa en hora buena, dijo el duque. Vámonos a la mesa.

Y llevado de un resto de duda, añadió pa- ra sí

—De aquí a mañana no me separaré de ella; y así, a no ser bruja, no tendrá medio alguno de informarme.

—¿Y me está permitiendo, amigo mío, dijo Nanon colocando el brazo sobre el cuello del duque, solicitar a la rosa para mi hermano?

—¡Como! repuso de Epernon, todo cuanto queráis; dinero...

las 12.
centigrado á
9 grados

El **Siglo**, en
escentos
embros del
propone á
s. Herrera
elazco (D.
Ramírez,
ates, Adol
do de los
tención de
agados que
Dr. D. Er-
idades que
y que lo
ibunal de
o de justi-
ría uno de
de la Re-
cción que

ENSALADA.

El legislador empieca á
yo proble-
en las Cá-
ción del 19

el Siglo, en
esentinnies
mbros de
propone á
s. Herrera
elazco (D.
Ramirez,
tes, Adol-
do de los

enecion de
gados que
Dr. D. Fr.

idades que
y que lo
ibunal do
o de justi-

ña uno de
de la lle-
ne

para línea
 " .
 untado de la
 isma cues-
 tes llovas; si
 eran dirigi-
 ducción en
 ido á des-
 e escatroz
 al traerlo
 necesario
 Austria, si
 por que los
 lo una lar-
 ora hayan
 en la fur-
 de razo-
 .
 nace men-
 dido verla
 .
 de dos car-
 o de Quir-
 es de los
 ámenmen-
 o á soste-
 .
 los Sres.
 á las cup-
 jeplares
 repartidos
 .
 res artícu-
 os, haro
 colector de
 un Penal-
 al primer
 Gerónimo
 Nacional
 len á D.
 rres, en
 sieron va-
 título de
 ologio de
 no haber
 cienda, la
 Dr. D. Pe-
 .
 e encon-
 .
 al general
 podrán ver
 artículo
 completar
 otra nue-
 presente
 . En otro
 Nacional la
 sus ofic-
 crezcan
 refuta, el
 suponen-
 mal infor-
 ta Varela
 .
 Plata en
 titulo (titu-
 á condon-
 viene á
 á un cerro
 .
 para pedir
 marías por
 e cometen
 agando á
 ser extra-
 de dar
 er de co-
 del Cer-
 .
 le hoy dos
 sigue:

This image shows a vertical, grayscale view of a textured surface, likely the cover or endpaper of an old book. The texture is grainy and uneven, with various shades of gray. A prominent dark vertical strip runs along the right edge, possibly indicating a hinge or the edge of the book's binding. There are some small, dark spots and fibers visible throughout the material.

Chingre.	Lapa.
Chingo f.e.d.	Mazas de las piernas.
Cleo-lay.	Id. de los pechos.
Enfermedades del cutis.	Id. de los ojos.
Id. del hígado.	Picaduras de mosquitos.
Id. de las articulaciones.	Id. de insectos.
Erupciones.	Podas.
Erupciones cutáneas.	Quemaduras.
Escorbuto.	Rumatismos.
Escrofula.	Sarna.
Fiebre.	Suapaciones pituitas.
Frialdades en las extremidades.	Taladras.
Grietas en las manos.	Tembor de nervios.
Gota.	Tiza.
Almorranas.	Tumores.
Heridas antiguas.	Ulceração de las pernas
	Idm. 33-permanentes